



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Rafael Gasset.)



Su talento excepcional de periodista lo prueba la habilidad con que lleva el timón de *El Imparcial*.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Bagatelas, por Luis de Ansoarena.—Palique, por Clarín.—¡Ya decía yo!, por Juan Pérez Zúñiga.—¡Duerma usted tranquilo!, por E. Navarro Gonzalvo.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—Un arreglo, por Luis González Gil.—Mater dolorosa, por José Juan Cadenas.—Chismes y cuentos.—Anuncios.
 GRABADOS: Instantáneas: D. Rafael Gasset.—Artes plásticas.—Noticias teatrales (seis viñetas).—Nuestro ejército (dos viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

Todo el mundo habla estos días del conflicto que «se cierne sobre nuestras cabezas».

El conflicto del agua.

Dícese que nos vamos á quedar secos y que habrá que entregarse á la leche.

¡Dios mío! ¡Qué porvenir más horrible!

La leche que se despacha en Madrid de todo tiene menos de jugo lácteo.

No hace muchos días estuvo á punto de fallecer, víctima de medio cuartillo, un inspirado poeta viejo que es á la vez contador de la Sala de Ultramar.

Tomó la leche á eso de las diez, y á las once menos cuarto tenía la boca del estómago lo mismo que una bizcochada, tanto que la patrona creyó que se moría debajo de un vasar de la despensa.

Todos los días están ocurriendo disgustos por causa de la leche: á unos se les indigesta, á otros se les agría y á otros les salen granos malignos. En la mesa del café tenemos un contertulio que está anémico y el hombre se entrega á la leche de cabras con frenesí; pues bien, hoy se nos presentó alicaído y con los labios hinchados.

—¿Qué tiene usted, D. Emeterio?—le dijimos.—¿Toca usted la trompeta?

—¡Quiá!—contestó él.—Esto es de la leche. Yo creí que era pura y acabo de saber que contiene materias nocivas: albayaide, cal hidráulica, sebo...

Como nadie tiene confianza en la leche, resulta que son pocos los que se arriesgan á tomarla, aunque el médico se lo mande, y nótese con espanto que todos los niños criados con biberón llegan á los tres meses y se secan. De aquí la necesidad imperiosa de buscar ama de cría, que es como buscar una escopeta de dos cañones ó una serpiente de cascabel.

Si tuviéramos confianza en la leche criaríamos á nuestros hijos por el procedimiento del biberón y no oíríamos lamentaciones como las de D. Roque, un infeliz padre de familia que tiene un ama lo mismo que un macero.

—¡Ay!—nos decía.—Usted no sabe lo que estoy pasando con el ama de cría. Nos trae revueltos á todos y antes de ayer me pegó un puñetazo en este hombro que á poco más me lo desmorona.

—¿Tiene mal carácter?

—¡Horroroso! Ella se encargó del chico cuando estaba encanijado y se pasa la vida echándonos en cara su generosidad y su abnegación. ¡Si la viera usted comer!... ¿Cuántos panecillos cree usted que se traga en el desayuno? Cinco, y á la media hora ya está diciendo que no puede resistir la debilidad. En mi casa manda en jefe y nos tiene á todos metidos en un puño, porque en cuanto le decimos la cosa más insignificante, coge á la criatura por las piernas, la coloca sobre un baúl como si fuera un paquete y dice con acento iracundo:

—Ea, yo me voy; ahí queda eso. No estoy acostumbrada á que se me falte. ¡Tuve yo una señorita! ¡Aquella sí que era toda una

señoral... que me llevaba al teatro todas las noches y me peinaba y me daba colorete y me tenía como una reina. Á mi marido siempre le estaba regalando cosas: un gabán, un chaleco de Bayona, un bastón, una jaula con su jilguero, y en Carnaval le regaló un traje de moro para que se disfrazase.

—En fin, la tal ama—siguió diciendo D. Roque—nos da unos disgustos tremendos. Si el niño mama mucho, se pone á rabiarse y á decir que va á volverse tísica; si no mama, se desespera diciendo que no sabe qué hacer con su jugo lácteo. Nosotros tenemos que adularla para que no abandone á la criatura, porque la pobrecita no quiere coger el pecho de nadie, y un día que le dimos leche de ovejas comenzó á retorcerse y á arrojar almidón por las naricitas.

Antes de que nos quedemos sin agua, hay que someter la leche á un análisis minucioso, para evitar cólicos y otras manifestaciones subcutáneas.

Y no sólo habremos resuelto el problema pendiente, sino que además podremos salvarnos de ese azote que se llama nodriza.

Por ahí anda algún matrimonio flaco y descolorido, víctima inocente de una nodriza montañesa que se come ella sola lo que debía servir para la alimentación de toda la familia.

Mientras el ama engulle como un Heliogábalo, el matrimonio infeliz se relame silenciosamente y más de una vez ha dicho el esposo á su consorte:

—¡Ay! De buena gana me comería ahora un poquito de carne con unas patatitas.

—Pídesela al ama de un modo indirecto, que en medio de todo tiene buen corazón—contestaba la esposa.

Pero, á pesar de las indirectas, el ama se comía toda la carne y los esposos tenían que circunscribirse á la modesta patata ó al sencillo bacalao con aceite y vinagre.

Póngase la leche en buenas condiciones y habremos conjurado el conflicto que nos amenaza.

Y si no:

¡Á morir! Es el único recurso que nos queda.

Salvador Canals ha publicado un libro muy simpático. Titúlase *El año teatral* y es una colección de crónicas y documentos á cual más interesante. Picón, el siempre culto y distinguido escritor, contribuye á dar importancia al libro escribiendo un precioso artículo preliminar sobre *El público*.

Figuran en esta obra retratos de artistas y autores y otros dibujos que se relacionan con el teatro.

De manera que el tomo se vende que es una bendición, y por ello felicito á Canals y me felicito yo por haber tenido la feliz ocurrencia de leer *El año teatral*.

Luis Taboada.

★

Bagatelas.

Me han dicho que á un hombre rico
 tu hermoso cuerpo entregaste...
 ¿En dónde has dejado el alma
 para que no te estorbese?
 Pecas y rezas y vuelves
 al mismo pecado de antes...
 ó tomas por tonto á Dios,
 ó eres tonta de remate.

Deja la avispa su vida
 cuando clava el aguijón...
 Yo, en el beso que te he dado,
 te dejé mi corazón.
 Como me besaste ayer
 no me vuelvas á besar,
 porque parece que llevas
 en los labios un puñal.

¿Que por lograr su hermosura
 no doy el alma que tengo?...
 ¡Que me diga el que lo sepa
 por dónde se va al infierno!
 Te mostré el alma y reíste...
 Pues... ¡la verdad, no comprendo
 por qué dices que no puedes
 mirar sin espanto á un muerto!

Cuando me cites, mujer,
 tarda un poco en acudir,
 pues me quitas el placer
 de pensar que has de venir.
 Tu boca es rico panal
 que muchos hombres desean...
 No dejes entrar, muchacha,
 zánganos en tu colmena.

Al hijo por quien vivía
le enterraron ayer tarde...
¡Qué poco espacio hace falta
para un ideal tan grande!

Aunque sé que me ha engañado,
dile á esa mujer que vuelva,
pues enredada en mi dicha
se ha llevado mi vergüenza.

Luis de Ansorena.

PALIQUE

El *reporterismo* no sólo no tiene entrañas, sino que tampoco tiene *sindéresis*, tal vez por falta de masa encefálica. Por esto se explica que periódicos que se llaman liberales, y algunos hasta republicanos, elogien sin medida, por vía de noticia, discursos académicos reaccionarios hasta el *blanco*, escolásticos *ultra-violetas*. Santo y bueno que alabasen al paraninfo Sr. Vadillo, si era amigo, ó por ser subsecretario, que creo que es; pero no había para qué extender las alabanzas á sus teorías mestizo-tomistas y á su modo de prescindir de todo el trabajo filosófico modernísimo, y hasta de la manera actual de estudiar los problemas éticos, psicológicos y sociológicos. El discurso del señor paraninfo de 1896 en la apertura de la Universidad Central, bueno ó malo; que en eso no quiero entrar ahora, podía muy bien ser el discurso de 1796; y si me apuran el de 1696 y 1596 y 1496 y 1396, sin parar hasta el siglo XIII.

* *

Y por cierto que no tiene buena mano el Sr. Vadillo para escoger textos en sus autores predilectos, en sus maestros indiscutibles. ¿Será malicia? No lo creo. El marqués no puede proponerse mostrarnos á Santo Tomás y á fray Ceferino González durmiendo la siesta. Lo que hay, que estos partidarios del *autos efa* (*αυτος εφζ*) pitagórico, convertido después en el *magister dixit*, acostumbrados á una eterna apología de sus tiranos del pensamiento, pierden todo criterio respecto de ellos y de lo que han dicho ó escrito, y no son capaces de distinguir lo bueno de lo malo. Tal vez niegan en redondo que pueda haber allí nada malo. A duras penas se ha conseguido que algunos tomistas confiesen que en lo puramente científico, en el sentido hoy predominante de la palabra, Santo Tomás la yerra á cada paso; lo que es natural, y nada dice contra su mérito. El Sr. Vadillo ni siquiera en este terreno prescinde de los textos tomistas; y, para defender con insignes lúgares comunes las naturales tendencias sociales del hombre, copia esto (Opusc. *De regim. Princ.* Cap. I): «Respecto de los demás animales vemos que la naturaleza misma proveyó suficientemente á su nutrición y vestido... pueden servirse ya de dientes, ya de astas, cuando menos de habilidad y astucia para huir. El hombre, por el contrario, nace sin ninguno de estos medios preparados por la naturaleza».

Verdad es que el hombre nace sin astas, y aun sin dientes, pero tampoco son temibles las cornadas de un novillo de pocos días ni los mordiscos de un perro recién nacido. El hombre llega á tener dientes y uñas, y sabe huir y no deja de tener habilidad y astucia. Además, muchos animales también viven asociados en mayor ó menor grado, y la sociedad humana no se formó como suplemento de recursos individuales naturales, sino que fué el medio necesario para el progreso de las razas.

En fin, de estas cosas hoy ya no se puede hablar como hablaba Santo Tomás. Los antiguos son muy respetables, y en ciertos casos, ajenos al adelanto metódico experimental de los estudios naturales, valen todavía tanto como cualquiera; pero sus grandísimos errores, referentes á la interpretación de las causas y fines de la naturaleza, deben ocultarse con un yelo de respeto y no sacarlos á luz como eternos oráculos. Esto sólo puede hacerlo el fanatismo. Fenelón, v. gr., era un gran espíritu, para mí hasta un gran pensador; pero no hay que hacerle caso cuando dice que la tierra no está más dura porque si lo estuviera no se podría labrar, y no está más blanda porque si lo estuviera no podríamos andar sobre ella.

* *

Y ahora copia Vadillo á Fray Ceferino: «No se puede concebir la existencia de una *colección* de hombres...» ¿Colección de hombres? Una sociedad humana, no es una *colección* de hombres; una familia, una tribu, un pueblo no son una *colección*. ¿Por qué copia Vadillo al ilustre arzobispo filósofo, precisamente cuando el arzobispo emplea la palabra *colección* en sentido impropio?

* *

Como ya he dicho al principio que no quiero aquí examinar si el discurso del Sr. Vadillo es bueno ó malo, por no faltar á lo prometido, no entro á examinar el fondo de la doctrina; pero sí me permitiré lamentar que hombres de indudable discreción y de veras ilustrados, como es este distinguido profesor y subsecretario, crean que se puede repicar y andar á la procesión. Estos señores políticos de tanda no tienen tiempo para nada y menos para dedicarlo á Palas Atenea. Sea en buen hora. Pero, entonces ¿para qué se meten en discursos de once varas *invita Minerva*?

El Sr. Vadillo ha debido de escribir su discurso de paraninfo en situación análoga á la que Pidal nos describe cuando confiesa cómo hizo él un prólogo para las poesías del poeta asturiano Teodoro Cuesta. Pidal escribía con el tricorno puesto, oyendo los cañonazos que solemnizaban la apertura de las Cortes, que él iba á presidir.

El Sr. Vadillo ha oído también cañonazos, pero todos escolásticos. Prescinde demasiado el simpático profesor de lo mucho que hoy se discurre y escribe acerca de los puntos que trata en su discurso. Hasta tomista se puede ser un poco más á la moderna y dando señales de erudición de cosas recientes.

* *

Con la terminología arcaica de que usa el Sr. Vadillo, se viene á dar por equivalentes estos adjetivos: abstracto, congénito é hipotético. Esto, sin más explicaciones, parece absurdo á cualquiera. En el sentido corriente de las palabras, lo congénito no puede ser abstracto, ni lo hipotético congénito.

* *

El discurso tiene por asunto *la autoridad*, y lo primero que está muy mal es la definición de autoridad. Dice Vadillo que es «*facultad ó poder de obligar*».

Según eso, un contrato es una autoridad. Obliga todo lo que puede justamente reclamar de un ser libre el cumplimiento de algo; pero eso no es la autoridad; la autoridad será la que tenga facultad de exigir, aun por medios coactivos, el cumplimiento de las obligaciones.

La autoridad no es para la obligación, sino para conseguir su cumplimiento. Precisamente cuando la autoridad interviene eficazmente, la obligación concreta de que se trate cesa, pues queda cumplida.

¿A que confiesa el Sr. Vadillo que empleó el verbo *obligar*, de rigoroso significado técnico jurídico, de modo impropio? Dijo *obligar* en el sentido de *hacer cumplir*, lo cual podrá ser muy corriente en la incorrección vulgar, pero no es nada técnico.

* *

Y por no seguir faltando á lo prometido, como decía un Cicerón de calleja: *poneo puntum*.

Clarín.

¡Ya decía yo!

Llegó el cartero á mi casa.
Subió á mi cuarto. Llamó.
Dió una carta á mi doncella
(que, por cierto, es de Chinchón).
Ella me entregó la carta.
Vi que era de Nicanor,
y de la cruz á la fecha
de extrañeza me llenó.
¿Que por qué? Porque decía:

«Don Ildefonso Muñoz,
aquel tan gordo que has visto
sentado una tarde al sol
precisamente á la puerta
del carpintero Ramón,
y que movía la cola
y tenía de color
de chocolate dos manchas
en el lomo, y otras dos
en el hocico, y detrás
de cada oreja un montón
de garrapatas inmóviles,
con más paciencia que Job,
me dió el viernes un disgusto
de los de marca mayor.

A la entrada de la iglesia,
donde había gran función,
con misa de tres en ringla,
motetes y Santo Dios,
se acercó á lamerme un poco,
porque es mi amigo mejor,
y sin poder yo evitarlo,
junto á mí fué y se tiró
de repente á una devota
con diabólica intención.
Mordióla en el cerviguillo,

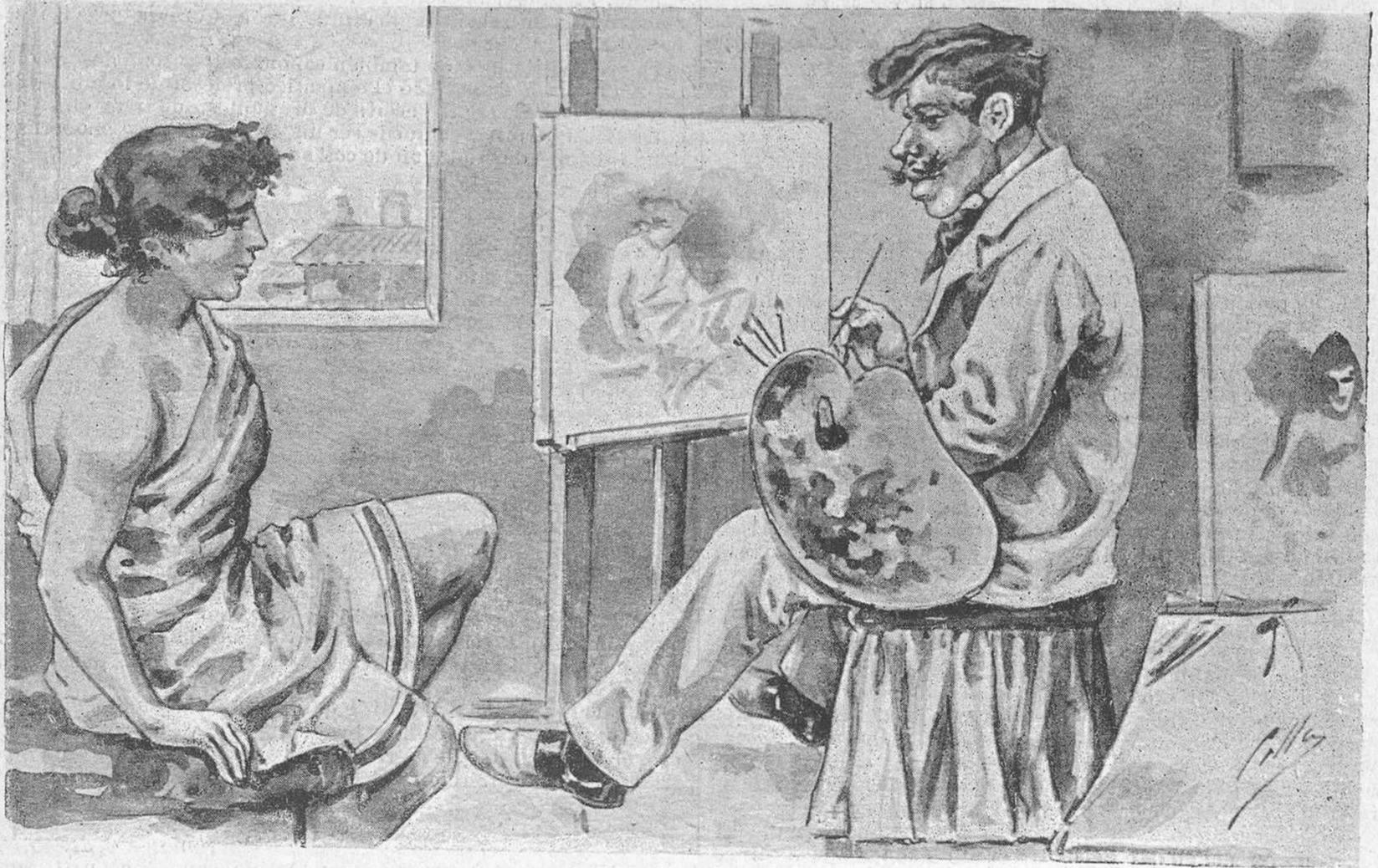
y arañoála en qué sé yo
qué partes, y la agredida,
sin poder alzar la voz,
cayó privada de todo
delante del agresor.
Estuvo después la pobre
sufriendo una conmoción
cerebral en la garganta
y otra en el bazo interior,
y se le quedó la espina
dorsal como un acordeón,
y ha estado veraneando
en el catre del dolor
seis días consecutivos
á causa de la agresión.
Y como creen que yo pude
evitarla, hoy pago yo
el pato, en vez de pagarle
don Ildefonso Muñoz...

Excuso decir á usted,
queridísimo lector,
lo que el endiablado texto
de la carta me chocó;
hasta que luego he sabido
que el escribiente simplón
que había puesto la carta
en limpio, fué y se dejó
en el tintero las líneas
primeras del borrador,
que así decían: «Querido
Juanito: El perro pachón
que tiene aquí mi cuñado
don Ildefonso Muñoz...»
Etcétera. ¿Usted comprende?
Pues eso es lo que pasó.

Juan Pérez Zúñiga.

* *

Artes plásticas.



—Haz el favor de poner más limpidez y serenidad en la mirada. Las mujeres de aquella época no tenían esa picardía en los ojos.
—¡Toma, qué Dios! ¡Porque no habrían nacido en la calle de la Arganzuela!

¡DUERMA USTED TRANQUILO!

Á un mesón destartado y sucio, y de mal aspecto, que á orillas de un mal camino pone espanto en el viajero, unos cómicos llegaron en busca de alojamiento, muertos de frío y de hambre, en una noche de invierno. Las primeras partes, pronto cuarto y cama consiguieron; mas ¡ay! al segundo apunte, un imberbe muchachuelo, por razón de economía, confináronle al granero, y en un catre fementido buscó reposo su cuerpo.

—Duerma usted tranquilo, dijo al marcharse el posadero; pero él, que no era valiente, ni se jactaba de serlo, al verse solo y á oscuras sintió algo así como miedo; se rebujó con las mantas, masculló dos padrenuestros y pidió de todas veras su protección á Morfeo.

.....
Duérmese al fin, pero pronto se despierta con recelo... Algo ha oído. ¡Qué será? Y aplicando el oído atento, siente crujir la escalera, que rechina bajo el peso de alguien que sube despacio, muy despacio, cual queriendo hacer menos perceptible aquel crujido siniestro. Llega, por fin, á la puerta del solitario granero el nocturno visitante, ábrela quedo, muy quedo, y en el umbral se destaca, como fatídico espectro, la siniestra catadura de un mozallón alto y feo, con traje desharrapado y enmarañados cabellos.



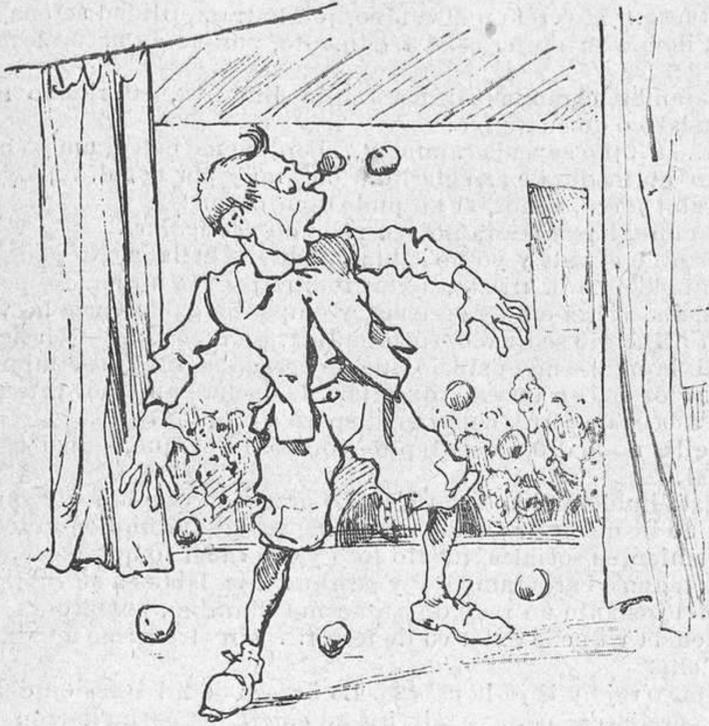
—¡Á ver si ahora se atreve á decirme el morral del empresario que me quedo corto!

Su mano izquierda sostiene un candil ahumado y negro, cuya luz chisporrotea despidiendo un humo denso, y empuña su diestra ¡horror! un cuchillo largo, inmenso, cuya hoja acerada brilla del candil á los reflejos. Al verle, siente Perico frío de muerte en los huesos, y con temblor convulsivo se agita en el pobre lecho; no se mueve, no respira ni hace el menor movimiento, que sus miembros agarrota la parálisis del miedo. El del candil entretanto escudriña el aposento, fija la horrible mirada un instante sobre el lecho, y avanza poquito á poco de puntillas, con recelo, siempre el candil alumbrando y siempre el cuchillo enhiesto. El pobre segundo apunte quiere hablar, hace un esfuerzo, pero expiran las palabras en sus labios entreabiertos... mientras la horrible visión se acerca con paso lento... llega... ya el cuchillo roza el borde del catre estrecho... Cierra Perico los ojos... y en aquel mismo momento el asesino feroz le contempla sonriendo; alarga el brazo homicida tirando un tajo certero, y corta... una hermosa magra de un jamón sabroso y tierno que pendiente de una cuerda colgaba del sucio techo.

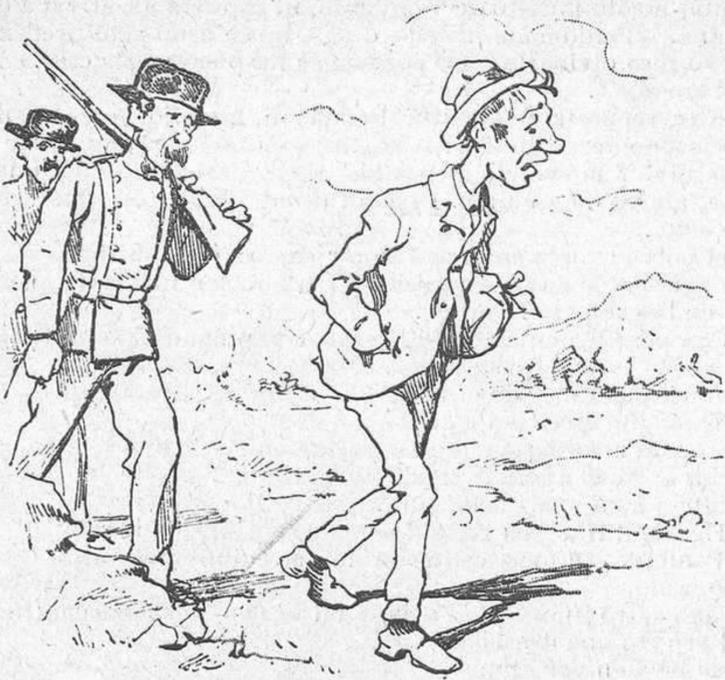
.....
Era el mozo del mesón que—de sobra circunspecto—entraba con tal cuidado... ¡para no turbar su sueño!

E. Navarro Gonzalvo

Noticias teatrales.



«Forma parte de la compañía que actúa en esta localidad el notable tenor cómico Sr. Gutiérrez, que interpretó á maravilla todos sus papeles, siendo ovacionado por el público en cuantas funciones toma parte.»



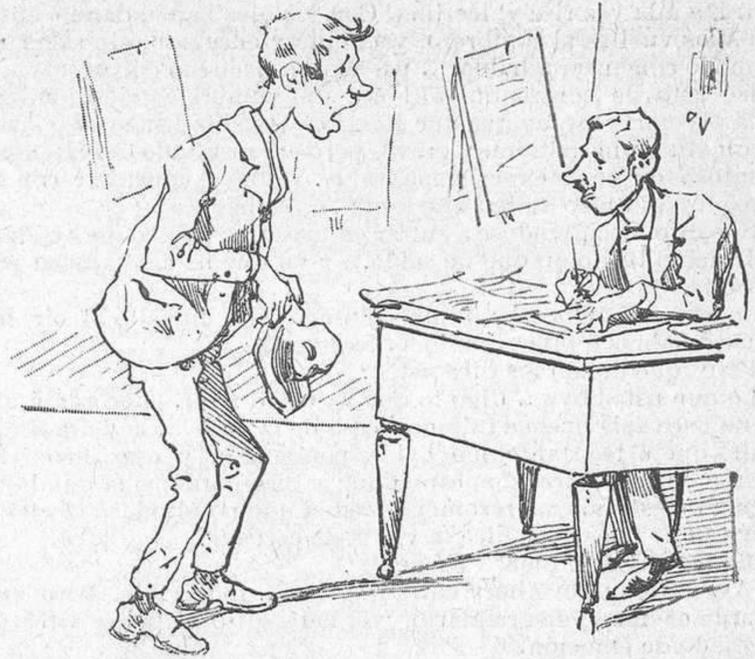
«Habiendo terminado sus compromisos la compañía en que figuraba el eminente tenor cómico Sr. Gutiérrez, éste ha sido acompañado á la estación por las personas más importantes del pueblo.»



«En el express de anoche llegó á Madrid, procedente de Villarramiel, donde ha trabajado con gran éxito, el eximio tenor cómico Sr. Gutiérrez, el cual se halla á disposición de las empresas.»



«Sabemos que el célebre tenor Sr. Gutiérrez, que, como saben nuestros lectores, ha hecho una brillante campaña en tierra de Campos, ha rechazado ventajosas proposiciones, porque su propósito es descansar una temporada.»



«Se han acercado á nuestra redacción varias personas á quienes choca que las empresas de Madrid no se hayan apresurado á contratar al celeberrimo Sr. Gutiérrez, que seguramente proporcionaria pingües ganancias á cualquier teatro.»



«Mañana domingo se celebrará en el Salón Variedades una grandiosa función á beneficio de una familia desgraciada. Se ha prestado generosamente á interpretar un papel en *Los zangolinos* el genial tenor cómico Sr. Gutiérrez.»

Miniatura.

I

Oigo muy cerca del descansillo
crujir la seda,
pasos menudos, suspiros breves;
llaman. ¡Es ella!
Me quiere mucho; viene á mi casa
por vez primera,
pero es honrada... ¡Yo debería
no abrir la puerta!

II

Entre futuros remordimientos
de la conciencia
y el odio eterno que va á tenerme
si vuelve *ilesa*,
vacilo y dudo... ¡Dios me perdone!
Me haré la cuenta
de que, pues viene, ¡ya se figura
lo que la espera!

Sinesio Delgado.

Un arreglo.

(CUENTO)

Ramírez, que acababa de levantarse de la cama, dió orden de que le sirvieran el almuerzo en su gabinete, un elegante gabinete de soltero en un piso bajo de la calle de Orellana.

Un momento después el criado le anunció la visita de Pepe Orozco, y aunque la hora le pareció á Ramírez algo intempestiva, se apresuró á recibirle, porque todo lo prefería á aquel almuerzo inapetente y solo.

Pepe Orozco era un muchacho provinciano, muy rico, que sólo llevaba en Madrid un mes, y á quien Ramírez había relacionado con la buena sociedad madrileña, sirviéndole al mismo tiempo de instructor acerca de las costumbres de la corte.

La figura del pobre Orozco, cuando se presentó en la puerta, inspiraba á la vez risa y lástima. Con los ojos bajos, dando entre las manos vueltas al sombrero, vacilante y encogido, sin saber de qué modo comenzar á hablar... parecía un doctrino culpable.

Hizo acto de contrición: «El era un hombre agradecido... y nunca olvidaría los favores que Ramírez le había hecho...» «...había cometido una falta muy grave, pero era resultado de su temperamento... de su inexperiencia...» «...venía á consultar con su amigo, con el único amigo que tenía en Madrid...»

—Sí—dijo, decidiéndose á entrar en materia,—usted me ayudará á salir del ridículo en que he caído... y en que ha caído usted por culpa mía.

Ramírez, que empezaba á impacientarse, dió un salto al oír las últimas palabras é interrumpió bruscamente:

—Pero ¿qué demonios dice usted?

—Lo que usted oye... digo lo que va usted á oír. Recordará usted que hace seis noches fuimos á casa de la de N..., aquella linda viudita que usted tanto me había ponderado, y que, efectivamente, á mí me pareció encantadora; y recordará usted también que cuando salimos me recomendó usted que no olvidase la visita de cortesía... Pues ayer hice la visita de cortesía.

—Me parece muy bien... ¿Y qué?...

—¡Ay, amigo mío! Ahora entra lo grave... lo terrible. Pero encontraremos modo de arreglarlo, ¿verdad?—dijo el pobre Orozco, acogido de emoción.

—¿Y qué quiere usted que arregle, si hasta ahora no sé nada?

—Pues fui ayer tarde... como le he dicho á usted, y la encontré sola. Me recibió en un tabuco lindísimo, tapizado con unas telas muy claras y muy alegres. La hallé sentada en una mecedora, columpiándose y llevando el compás con un pie primorosamente calzado... Estaba muy mona... ¡créalo usted, estaba muy mona!

Aquí Orozco hizo una pausa para tragar toda la saliva que le llenaba la boca, y continuó:

—Yo me senté á su lado, en una sillita baja, y comencé á hablarle de cosas insignificantes, como es natural en estos casos. Le hablé de los alcornoques de mi tierra, de los amplios chaparros cubiertos de hoja durante el estío... pero me pareció que no era aficionada á la flora y cambié de tema. Le referí las emociones que ocasiona la caza; dónde se encuentra á los conejos, estudiando previamente las sendas que conducen á sus madrigueras; cómo se cazan las perdices en las tardes calurosas de Agosto, siguiéndolas á pie y alcanzándolas al tercer vuelo, rendidas ya... hasta el punto de dejarse coger con la mano... pero tampoco debe de agradarle la fauna, porque no me contestaba apenas. Entonces, tomando por pretexto el piano, que estaba abierto á dos pasos de mí, hablé de música, y esto pareció agradaarla. Es muy aficionada, según me dijo... Fue al piano y comenzó á tocar...

Orozco se limpió el sudor que corría á chorros por su frente y volvió á hacer otra pausa; se conocía que llegaba á lo interesante del relato.

—Siga usted, siga usted—dijo Ramírez abriendo un ojo y dando un enorme bostezo.

—Ahora entra lo estupendo, la eterna vergüenza para mí... y para usted que me presentó á ella... Tocaba un vals, no sé de quién, pero era un vals infernal; al principio, así como una danza de duendes y trasgos que se alejaban lentamente... y el ritmo, también poco á poco, se iba convirtiendo en una música erótica, enervante, que me hacía cosquillas en la nuca y penetraba como

un hierro candente en mis entrañas... Esta parte del vals la oí de pie, junto al piano y muy cerca de ella, para que su aliento me refrescase algo; pero sucedió al revés. El último tiempo de aquella danza maldita era apacible, tierno, muy sutil... y al escucharlo aspiraba yo las brisas dulces de mi montaña, y sentía que los perfumes de aquella mujer adorable olían á mejorada y á tomillo, y que los matices que cubrían las paredes eran flores de romero y de cantueso... Me creí en el campo, ¡en la tranquilidad serena del campo, donde la mujer cede fácilmente, porque la naturaleza lo hace todo!

—¡Caramba, caramba!—interrumpió Ramírez, sonriendo ante el entusiasmo de su amigo.

—Sí... sí... ¡no es mala caramba!... Perdóneme usted, amigo mío; necesito un medio de arreglarlo... por mí y por usted... ¡Soy un mentecato! ¡Pero, Señor, si no pude dominarme!

—Hombre, hasta ahora no veo nada de particular...

—Terminó el vals y yo no sabía dónde me hallaba. No pude tributar un elogio á la artista; todos fueron para la mujer. No pensé que aquella visita era de cortesía, y empecé á galantear á la viuda... Al principio se quedó sorprendida, pero después—¡oh necia vanidad la mía!—me pareció que le agradaba mi atrevimiento. Sentados los dos en una marquesita... le declaré un amor intenso, brutal, á boca de jarro, como un disparo á tenazón.

—Si ella no le dió á usted pie—contestó Enrique,—hizo usted muy mal.

—¡Ojalá hubiera sido eso todo! Lo grave, lo que hay que arreglar, si no he de morir yo de vergüenza, fué que, rompiendo todos los miramientos sociales, medio loco y sin saber lo que hacía, sujeté sus manos bárbaramente y acerqué mis labios á su cuello... En aquel instante un rayo de razón me iluminó, comprendí mi imprudencia y quedé extático de terror... sin atreverme á hablar.

—¿Y ella?

—Se puso roja y bajó la cabeza. Lo brusco de mi agresión debió dejarla paralizada; pero yo adiviné su cólera en su agitación febril. Más de tres minutos estuvimos silenciosos, yo mirándola de reojo, pero sin atreverme á hablar. Una reacción rápida me hizo comprender lo villano de mi acción: había cometido una indignidad que aquella mujer no podría perdonarme nunca. Entonces me levanté, medio muerto de vergüenza, ni siquiera me atreví á darle la mano. «Perdóneme usted—dije,—ha sido un acto irreflexivo, pero yo juro olvidarlo y no poner más los pies en esta casa.»

—Pero ella...

—Ella, repuesta de la natural emoción, me dijo muy secamente y en tono despreciativo: «Caballero, es lo mejor que puede usted hacer». Y me volvió la espalda. Estoy deshonrado por una ligereza, amigo de mi alma. Dígame usted, por Dios, qué arreglo tiene esto...

Y el pobre Orozco empezó á llorar como un chiquillo.

En aquel momento se presentó el criado con una carta que acababa de llegar para Ramírez.

—Con permiso de usted—dijo éste rompiendo el sobre; pasó la vista por la carta y levantó la cabeza.

—Precisamente es de ella, de la viudita.

—¿Qué? ¿Le escribe á usted?

—Sí, para recordarme que tengo que enviarle unos billetes de ferrocarril; como ahora es moda viajar de balde...

Ramírez hizo una transición brusca y dijo:

—¡Hombre! trae una *postdata* donde se ocupa de usted.

—¡Perdón!... ¡Cómo calificará mi atrevimiento!—dijo Orozco avergonzado.

—Son cuatro líneas nada más, y tal vez en ellas encuentre usted el arreglo que deseaba.

Y las leyó en voz alta:

«Ayer recibí la visita de tu amigo Orozco, que es un muchacho muy guapo y muy simpático. Me parece que hará fortuna cuando deseche esa cortedad de genio que tanto le perjudica.»

Luis González Gil.

★

Mater dolorosa.

Con el paso inseguro y vacilante,
mirando sin cesar á todos lados,
retratado el dolor en el semblante,
secos los ojos, de llorar cansados,
la anciana recorrió la calle entera,
en una idea el pensamiento fijo,
y no encontró vecino ni portera
á quien, con triste acento, no dijera:
—Ustedes... ¿no conocen á mi hijo?
Yo le vengo á buscar... Me le han robado...
y está aquí, entre esta gente, en este cieno...
Una infame mujer le ha trastornado,
porque siempre mi hijo ha sido bueno...—
Su pregunta, cien veces repetida,
no fué nunca por nadie contestada,
pues es cosa sabida,
y de puro sabida ya olvidada,
que es imposible dar con la guarida

Nuestro ejército.



LOS SOLDADOS.—¡Ah, granujas! ¿Os echáis encima porque sois veinte contra uno? ¡Pues no voy á tener mas remedio que tumbar á diez y nueve, pa igualar la partida!



LOS GENERALES.—Y ¿qué hago yo ahora con estos doscientos hombres? No sé si mandarlos por la derecha ó por la izquierda. ¡Ah! ya sé. Les digo que marchen por la izquierda, y mañana doy contraorden y digo que vuelvan hacia la derecha...

que tiene una mujer de alegre vida
en una calle al vicio dedicada.
Asombraba también á aquellas gentes
ver á la pobre anciana á tales horas
en lugares tan poco convenientes,
porque son sus felices moradoras,
por hábito y placer, trasnochadoras,
y, por vicios de origen, insolentes.
Son muchachas que fueron, poco á poco,
buscando en el amor seguro techo
y han convertido aquello en ancho zoco
donde la trata blanca es casi un hecho.
La calle recorred de esquina á esquina
y habréis de acostumbraros á la idea
de no encontrar portal sin Celestina,
ni balcón que no exhiba á Mesalina,
ni casa que no incienda á Citherea.
Pues bien, allí acudió la altiva dama
de noble porte y de mirar severo,
y lugar por lugar, en todos llama
transida del dolor más verdadero...
Crece ante lo imposible su energía,
la calle, sin cesar, pasa y repasa
un número de veces infinito,
y pregunta con cruel monotonía:
—Dígame usted... ¿No vive en esta casa
una muchacha rubia... un jovencito?...—
Mas no faltó, por fin, quien la dijera
dónde podría hallar á los amantes,
y allí fué, preguntó, dijo quién era
y, después de esperar breves instantes,
vió salir á la alegre vengadora,
que hizo en la habitación triunfal entrada,
con una desvergüenza encantadora,
fresca como una flor, y seductora
como un sueño feliz de madrugada.
Cayó á sus pies de hinojos
la anciana, y, con acento suplicante,
velados por las lágrimas los ojos
y tendidas las manos adelante:
—¡Mi hijo!... ¡Quiero mi hijo!...—la decía.—
Loca por todas partes le he buscado,
que en mi casa no hay paz, no hay alegría
desde que no le tengo siempre al lado...
Mi hijo es mío, mío solamente,
teniéndole conmigo soy dichosa,
¡porque es mi vida entera, el refulgente
sol de mis sueños de color de rosa!

Usted amará á su madre... Yo, en el nombre
de su madre, la pido este cariño...
Si, como amante, para usted es un hombre,
mi hijo, para mí, siempre es un niño...—
Pensativa escuchó la vengadora,
y con acento al parecer sincero
levantóse diciendo:—Sí, señora...
Usted tendrá razón... ¡mas yo le quiero!
—¡Mientes!...—la anciana respondió indignada
¡Mientes!... ¡Todas mentís!... que es vuestro oficio
fingir bien el papel de enamorada
para llevar la presa fascinada
hasta el borde fatal del precipicio...—
Y unas veces cediendo, otras llorando,
una amenazadora, otra insultante,
siguieron largo rato disputando
el cariño del hijo y del amante.

¿Te acuerdas? Esto fué lo sucedido...
Y mira tú... mi madre, que ha creído
que los hombres se mueren todavía
si no tienen su amor correspondido,
al ver que tu traición ha convertido
en tristezas mis sueños de alegría,
piensa que necesito verte, amarte,
escuchar tus palabras embusteras...
¡Y ayer quiso, de nuevo, ir á buscarte,
á pedirte por Dios que me quisieras!...

José Juan Cadenas.

★
CHISMES Y CUENTOS.

Debo advertir á ustedes, antes de empezar, que ando errante por unos pueblos donde no son fáciles las comunicaciones, y me entero de lo que pasa de uvas á peras; por consiguiente, no chocará á ustedes que esté, si lo estoy, un poco atrasado de noticias, y que me asombren una porción de cosas que en la corte de las Españas me tendrían completamente sin cuidado... y viceversa.

Pongo por ejemplo:

He leído que se celebró un banquete misterioso al que asistieron unos cuantos personajes conspicuos, á la cuenta generales de los que no acaban las guerras y se entretienen en comer tranquilamente en los restaurants madrileños, mientras el resto de la Nación no quiere que hablen ni que coman, sino que peguen, porque para eso les paga.

Bueno; pues he visto también que los periódicos dan grandísima importancia á la citada comilona... y no hemos podido saber por qué los pobres paletos.

Nos han dicho los noticieros que allí se leyeron unos versitos de gravedad suma, y que se atribuyen á un distinguidísimo escritor.

Pero no hemos podido pescar la parte grave.

Porque los versos se concretan á decir lo siguiente:

«En verdad, mi general,
que la cosa va muy mal;
que ya van muchos deslices
y que vamos de narices
al .. diluvio universal.»

Esto es una verdad como un templo, salvo lo de las narices, pero lo estamos diciendo en prosa todos los españoles hace mucho tiempo.

Lo cual no *empece* para que la quintilla venga á demostrar que el *distinguidísimo* escritor versifica como un trompo.

Y sigue:

«Hay que imitar á Noé
y preparar con gran fe...»

Si el imitado hubiera sido Adán, hubiéramos preparado *con afán*... Conozco el sistema,

«y preparar con gran fe
un *arca*; y si no es un arca,
siquiera una buena *barca*,
siquiera para ir de pie.»

Aquí debe de estar la gravedad. Pero era preciso saber antes lo que quería decir todo eso. Esa *barca* subrayada ¿será simbólica? Y el *siquiera para ir de pie* ¿será también simbólico?

Confieso humildemente que no veo la transcendencia. No veo más que la quintilla, ¡y más me valiera estar durmiendo!

Final:

«Á ver si la preparamos;
(un verbo)
preciso es que no durmamos
(otro verbo)
del hogar *al dulce efluvio*,

(Esto del efluvio es lo que ha debido subrayar el distinguidísimo escritor en lugar de la barca.)

porque si llega el diluvio...
mi general, nos ahogamos.»
(otro verbo)

Y se acabó. De manera que nos hemos quedado *asperges*, y no acertamos á entender la razón de que hayan temblado las esferas.

¡Estoy deseando volver á Madrid para que me digan si el dulce efluvio, además de ripio de primer orden, se ha hecho frase subversiva desde que yo falté!

Total de fuerzas enviadas á Cuba desde el 8 de Marzo de 1895 hasta la fecha:

1165.551 hombres!

De esto sí que haría yo unas quintillas si fuera tan distinguidísimo escritor como el de marras.

Porque con ciento sesenta y cinco mil soldados «en verdad, mi general», que podía haberse hecho otra cosa.

El señor presidente del Consejo, que sigue tan dejado de la mano de Dios como de costumbre, ha empezado á propalar la halagadora especie de que nadie nos quiere prestar dinero si no es con onerosísimas condiciones, y que si no encontramos dinero vamos á tener que suspender la campaña y dejar por perdida la isla de Cuba.

¡Eso es lo que se llama hablar como un hombre!
Porque yo no sé si recordará el Sr. Cánovas que hizo aprobar las leyes de auxilios á las Compañías de ferrocarriles y de prórroga del contrato de Almadén dando á entender que de esa manera tenía seguro el empréstito de mil millones.

Y ahora resulta que los respetables banqueros le dieron el cartucho de perdigones: le sacaron las leyes y se niegan á dar una peseta si no cobran *además* un interés crecido.

Bien empleado le está por ser débil y hacer el *primo* á sabiendas.
Porque debió cambiar los términos de la negociación á su debido tiempo y decir á esos respetables potentados:

—¿Ustedes quieren los auxilios y las minas? Pues denme ustedes *antes* los mil millones que necesito.

Por supuesto que necios y algo más que necios serán los representantes del país si en el momento de reunirse no hacen una *de pópulo bárbaro*.

—¡Holal!—deben decirse—¿nos hicisteis votar la ruina del país con el pretexto de que había que arbitrar recursos para la guerra, y ahora que os habéis llevado la carne os negáis á proporcionarnos esos recursos? Pues no hay nada de lo dicho, ¡qué diantre!

Y ya se sabe que una ley se deroga con otra.
Y hasta se podría fijar un plazo breve para que se hicieran en todas las líneas la vía doble y las estaciones definitivas, so pena de que las acciones y las obligaciones se convirtieran de repente en papeles mojados.

Á pesar de todo esto, no estamos tan mal como parece. No hay más que leer á *Monte-Cristo*.

Tres cuartos de columna de *El Imparcial* emplea mi distinguido compañero en relatar regalos de boda. ¡Y qué regalos!

Relojes, pulseras, sortijas, aderezos completos, todo de oro fino y pedrería, jarrones, lavabos, neceseres de plata, de concha, de nácar... En fin, millones.

De modo que si todo eso lo reúne una familia sola, ¿cómo estaremos de joyas los demás?

¡Aún hay patria, Veremundo!

Para terminar vuelvo á suplicar á ustedes que me perdonen si he dicho alguna tontería.

Pero como ya saben ustedes que estoy en un pueblo, y no veo otra cosa que recaudadores de contribuciones y mozos de labranza que se van á Cuba á morir del vómito...

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.— Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º